



# Esmeraldo:

VERSIÓN ELECTRÓNICA

Núm. 0, *por Manolo Martínez.*  
Primavera del 2003.

Cubitt. Diálogo socrático.....	pág.2
Mensaje extraterrestre.....	pág.11
Harold. Diálogo.....	pág.13
Notas del autor.....	pág.17

# Cubitt.

CUBITT  
MORRISSEY  
DANNY-BOY  
MR. DOODLES

CUBITT: ¡Qué magnífico día! Verdaderamente, soy una persona afortunada. Aquí estoy, caminando hacia el gimnasio de York Hall para disfrutar de una tarde de boxeo en la compañía del mayor sabio de Grecia y, además, este cielo sin una nube y el viento que nos refresca la frente. No podría, Morrissey, imaginar nada mejor.

MORRISSEY: ¡Por el Perro, Cubitt! Parecería que te ríes de mí. Llevo toda la semana con un nudo en el estómago, maravillándome de mi suerte por poder acompañarte al primer combate amateur de Danny-boy y de repente descubro, apenas a las puertas del gimnasio, que has quedado dentro con el mayor sabio de Grecia.

CUBITT: Sabes perfectamente que me refiero a ti.

MORRISSEY: Ahora es cuando estoy seguro de que te estás burlando. Yo apenas me atrevería a articular una palabra delante de Protágoras, y

tiemblo como una hoja cuando oigo mencionar uno de los terribles argumentos de Gorgias o de Tony Blair. ¿Cómo podría tomarte en serio ni por un segundo? Pero todo te lo perdono, Cubitt. No puedo enfadarme con el joven más apuesto de Atenas.

CUBITT: ¿He de suponer, Morrissey, que el joven más apuesto de Atenas soy yo, o es que tú también has quedado con otro en The York Hall?

MORRISSEY: Para librarme de tus chanzas, que son ingeniosas pero también son crueles, déjame que te plantee una duda. ¿Sólo una persona en el mundo puede ser el joven más apuesto de Atenas?

CUBITT: Así lo creo. Si dos personas fuesen, cada una, la más apuesta de Atenas, las dos serían igualmente apuestas, así que no habría ninguna que fuese la más apuesta. Como no puede ocurrir que, a la vez, dos personas y ninguna persona lo sean, habrá que concluir que sólo una lo es.

MORRISSEY: Tu argumento es impecable. Me has convencido. Entonces, ¿podemos decir que la expresión “el joven más apuesto de Atenas” significa lo mismo que el nombre de esa persona?

CUBITT: No estoy seguro de entenderte.

MORRISSEY: Como tú dices, sólo hay una persona en el mundo que sea la más apuesta de Atenas. Entonces, para referirnos a él, además de su nombre, ¿podríamos utilizar la expresión “el joven más apuesto de Atenas”?

CUBITT: Muy cierto.

MORRISSEY: En ese caso, ¿su nombre y esa

expresión significan lo mismo?

CUBITT: Sin duda, así es.

MORRISSEY: ¿Y el nombre de una persona designa únicamente a esa persona?

CUBITT: Desde luego, si nos olvidamos de los nombres repetidos. Hay menos nombres que personas, desafortunadamente.

MORRISSEY: Tienes razón. Mucha gente tiene el mismo nombre. Yo mismo llevo el de mi padre y él no ha muerto. Veamos, entonces: ¿nuestra descripción del apuesto ateniense es más precisa para designarlo que su propio nombre?

CUBITT: Eso parece, sí.

MORRISSEY: ¿Quizá debiéramos buscar en qué sobresale cada ciudadano para llamarlo de esa manera? Así, tendríamos “el hombre más adulator [*sycophantic*] de Delfos”, “el niño más alto de Siracusa”, “el comerciante más noble de East Craigs”. ¿Es eso lo correcto?

CUBITT: A partir de ahora será lo más adecuado.

MORRISSEY: Y, sin embargo, quizá nos estamos precipitando. Porque, ¿estamos seguros de que el comerciante más noble de East Craigs lo seguirá siendo siempre? ¿Y si deja de ser comerciante, o se vuelve mezquino?

CUBITT: Eso sería un problema, porque la descripción pasaría a designar a otra persona.

MORRISSEY: También a mí me lo parece. ¿Y no

sería posible que esto pasase siempre, independientemente de lo complicada que fuera la frase que usamos para describirlo? ¿No corremos el peligro de que cualquier descripción, accidentalmente, deje de referirse al individuo que en principio nos interesaba?

CUBITT: Es muy posible, sí.

MORRISSEY: Entonces, ¿qué forma tenemos de asegurarnos de que una persona sigue siendo la misma de un día al día siguiente?

CUBITT: No lo sé, Morrissey. Me siento inclinado a decir que su aspecto exterior nos permitirá reconocerlo..

MORRISSEY: Casi siempre, sí, pero ¿qué ocurre cuando alguien sufre quemaduras, o se destroza la cara en una pelea callejera?

CUBITT: Entonces su aspecto deja de ser una guía segura de su identidad personal. De nuevo me has confundido, Morrissey. No sé qué me ocurre. No deseo más que estar contigo y hablar sobre estas cosas, pero siempre acabo perplejo y dudando de mis opiniones sobre los temas más triviales. Debería huírte y no buscarte. No, no se me ocurre qué forma hay de decidir que una persona es la misma en dos momentos distintos.

DANNY-BOY: Morrissey, Cubitt, ¿estáis ya otra vez hablando de cosas sin sentido?

MORRISSEY: Amado Danny-boy ¿por qué nos muestras dos caras?

DANNY-BOY: Sólo tengo una.



*« ¿y el nombre de una persona designa únicamente a esa persona? »*

MORRISSEY: Dos me parecen: una con la que nos miras amistosamente y otra con la que nos acusas de ocuparnos de sinsentidos.

DANNY-BOY: Os miro amistosamente porque sois mis amigos, os acuso de hablar sin sentido porque buscáis resolver vuestros problemas allí donde sólo hay más problemas. La solución a vuestro enigma de la identidad personal, no obstante, es sencilla y definitiva.

MORRISSEY: No nos regañes tan duramente, ¡oh, Danny-boy! y ayúdanos a salir de estas dudas. Cubitt y yo estaremos encantados de seguirte si nos quieres tomar bajo tu tutela.

DANNY-BOY: ¿Os atenderé en este momento? Yo ahora debería estar amagando frente al espejo y probándome los calzones. Los he comprado en rojo brillante, y mi novia les ha cosido una insignia de mi invención: una D mayúscula gótica rodeada de una corona de laurel. Debería estar saltando a la comba, o consolando a mi madre. Debería vendarme las manos y bromear rudamente con mi entrenador.

CUBITT: Ea, Danny-boy, no te hagas más de rogar y conversa con nosotros.

DANNY-BOY: Pues bien, la duda que os atormenta es cómo decidir si una persona es la misma en dos momentos distintos. Estáis perplejos porque veis que una descripción única no persigue a un mismo individuo sino que cambia de referente con el tiempo, y que la apariencia externa cambia sin que cambie la identidad. Además, yo añadiré que dos personas pueden tener exactamente el mismo aspecto sin ser la misma persona: Cástor y Polideuces son

idénticos, pero sólo uno de los dos es boxeador. Está claro que buscáis la identidad en el lugar equivocado, porque tanto vosotros como yo, como Cástor como Polideuces sabemos que cada uno de nosotros mismos existimos, y percibimos nuestra permanencia en el tiempo con total evidencia. Ningún argumento puede minar esa certeza.

MORRISSEY: Entonces, ¿ser la misma persona es sentirse la misma persona?

DANNY-BOY: Sí.

MORRISSEY: Es una respuesta muy adecuada, Danny-boy. Sin embargo, sigo teniendo alguna duda menos importante que espero que podrás disipar también. ¿Sabías que aquí cerca, en Bethnal Green, hubo un manicomio hace algunos años?

DANNY-BOY: Algo me maliciaba, sí.

MORRISSEY: ¿Y crees que alguno de los amnésicos profundos que encerraban allí dejaba de existir en el momento en que perdía la memoria?

DANNY-BOY: Creo que no. Todos seguían existiendo.

MORRISSEY: ¿Y si otro de aquellos orates creyese recordar un pasado de marqués, o de marciano, significaría que ese pasado existió, y fue realmente noble o extraterrestre?

DANNY-BOY: Por supuesto que no, pero eso no es un contraejemplo válido. Tú mismo lo has dicho: ese loco no recuerda de verdad, sino que



sólo cree recordar.

MORRISSEY: Ah, pero, ¿tú puedes distinguir cuando recuerdas de cuando sólo crees recordar? Porque si crees recordar, estás persuadido de que recuerdas. Así que, desde tu propio punto de vista, no hay diferencia ¿Es así?

DANNY-BOY: Creo que te entiendo. Sí, así es.

MORRISSEY: ¿Puede, entonces, ocurrir que cuando creemos que recordamos nuestro pasado sólo creemos recordar?

DANNY-BOY: Es posible.

MORRISSEY: Vaya, estoy consternado. Tampoco nuestra opinión sobre nuestra propia identidad es una garantía suficiente de permanencia en el tiempo. ¿Tendremos, acaso, que renunciar a la certeza sobre nosotros mismos?

DANNY-BOY: No lo sé. Por mi parte, voy a abrirle la cabeza a mi contrincante y a buscar razones ahí dentro para mantenerme firme en la convicción de que existo.

MR. DOODLES: Danny-boy, ve a prepararte ahora mismo. Y vosotros dos, hijos de puta, fuera de mi vista. Si dentro de diez segundos seguís por aquí os incrusto en la pared del fondo de una hostia. De una hostia que os voy a dar YO.



Hola, me llamo .... Soy el portavoz del planeta  
..., poblado por una raza inteligentísima.

Queremos comunicaros que, finalmente, hemos  
completado la ciencia. Esto quiere decir que  
sabemos con seguridad cómo es, esto..., todo.  
La “realidad” que le llaman.

Y todo es bastante parecido a lo que sale en El  
Ser Y La Nada de vuestro autor Jean-Paul Sartre.  
Parece mentira, pero coincide muy bien: lo de  
la Mala Fe, por ejemplo, es muy importante para  
que se aguante todo junto y no se separe de una  
manera metafísica rara que es algo difícil de  
explicar. También es bastante cierto que somos  
lo que no somos y no somos lo que somos. Para  
ser exactos, somos lo que no somos y no somos  
lo que somos necesariamente. Es una  
cualificación de detalle, pero ya que habéis dado  
tanto en el clavo, pues que lo sepáis todo.

¿Qué más? Ah, sí: es verdad que el esquí náutico  
es un deporte extremadamente importante, y (una  
de las últimas leyes que hemos descubierto)  
también es verdad que todo está lleno de ser. La  
nieve y la miel son bastante freudianas, y el sexo  
es bastante a priori .

En cambio, en La Crítica De La Razón Dialéctica  
no dio ni una. Y Heidegger fatal.



*« ¿Qué más? Ah, sí: es verdad »*

# Harold.

HAROLD  
DOUGLAS COUPLAND

HAROLD: En el cementerio se está bien. No es sólo que disfrute con la idea de estar sentado plácidamente en un sitio que la gente normal evita, aunque no negaré que ése fue el motivo por el que empecé a venir. De veras, ya no me hace falta que se sepa que sigo viniendo. Es así de sencillo: se está bien.

El cementerio casi siempre está desierto y quien viene pasa el rato en silencio. Por lo demás, es como un parque público, aunque mejor cuidado y con el atractivo adicional de tumbas y nichos. Cuando quiero, vengo a leer un libro, o a veces paseo entre las lápidas, observando las inscripciones y las fotos diminutas.

Me gusta repetir estos gestos románticos, que muchos jóvenes han hecho antes que yo. Me intereso, como ellos, por el folklore de la muerte, y me da la impresión de que, de esta manera, me preparo para el momento de mi propia aniquilación. Me preparo no en la manera en que la gente normal se prepara, acordando con Dios la prolongación *sine die* de su vida, buscando un sentido en el ciclo de la naturaleza, la evolución de las especies, lo que sea. Yo, simplemente, fijo la vista en el límite que me separa de la nada y lo tengo presente, en la medida en que es posible, durante un rato. Fijo la vista en sentido figurado, claro está, *with the mind's eye*, pero también miro los monumentos funerarios y, en fin,

Los jóvenes como yo desconfían de la alegría y no creen en el espíritu.

DOUGLAS COUPLAND: Hola, Harold.

HAROLD: Hola, Douglas.

DOUGLAS COUPLAND: Vengo de la cafetería del cementerio, donde he desayunado como todos los viernes. Han instalado una plancha nueva y ahora hacen tostadas como las de Madrid, con el pan de molde grueso. Cada vez está más claro que ésta es la mejor cafetería de Barcelona. Para empezar, los productos que sirven son buenísimos: un café estupendo, unos croissants de mantequilla que se deshacen en la boca y las tostadas que me gustan. ¡Pero es que además hay muy buen ambiente! Por ejemplo, casi cada semana asisto a una reconciliación entre hermanos: pasando revista de la vida del padre recién muerto, recuerdan la vez en que uno de los dos encubrió una travesura o una novia del otro, y entonces se piden perdón, se abrazan, salen del café hablando en voz alta y dejando propina. Todo el mundo va muy bien vestido y casi todos tienen pinta de estar, en el fondo, pasándolo bien y de agradecer esas horas de respiro antes de volver a sus trabajos.

HAROLD: El padre de un amigo mío es médico del departamento de Anatomía Patológica del hospital de ... Hace unos meses le pedí que me enseñara la sala de autopsias, y cómo hacía su trabajo. Pensé que podría aprender algo importante. Estuvimos viendo las preparaciones de tejidos y me explicó que un hígado canceroso se parece mucho más al hígado de un recién nacido que a un hígado adulto sano. Te gustará saber que desdeñé el reflejo fácil de ver en esto una metáfora del Eterno Retorno, o una simetría del nacimiento y la muerte. Odio buscar orden donde claramente no lo hay. La sala de autopsias es como me la imaginaba: muy parecida a una carnicería. Según parece, meten los órganos en bolsas y los devuelven al interior del muerto dentro de las bolsas, luego lo cosen y con el traje no se nota en absoluto. A veces tienen que retirar parte del cráneo, y entonces es más difícil que

el cadáver tenga buen aspecto.

Vi la cámara frigorífica. Allí sobre todo guardan miembros sueltos, no sé para qué. Algunas cosas que me contó el padre de mi amigo y que él, por alguna razón, pensó que yo consideraría interesantes fueron: que a veces les llegaba alguien que había muerto en un accidente y que luego, al abrirle, veía que de todas maneras tenía un tumor cerebral maligno que no había diagnosticado nadie. Que el cuerpo humano es esencialmente desmontable. Que le constaba que sus estudiantes en prácticas a veces robaban válvulas artificiales o prótesis pequeñas para hacerse colgantes. Que él, por su parte, era católico. Que las arterias son un fastidio.

DOUGLAS COUPLAND: ¿Has estado alguna vez en un taller de lápidas? El director de uno de las que más trabajan por esta zona es amigo de la familia y quedamos para que me la enseñara. Deberías ir: es magnífico. Es de los pocos sitios donde se sigue trabajando el mármol con la conciencia de estar aplicando un oficio. Primero vimos el almacén de materias primas, donde guardan los trozos de mármol que luego convierten en lápidas o en paredes de nicho. Hacer las placas es una de las etapas más delicadas del proceso. Si se lee mal la veta del mármol se puede echar a perder un bloque entero pero, en el taller que vi, esto no es un problema porque el que se encarga del proceso es un verdadero artista: sólo ver la roca le dice a sus ayudantes “atacad por aquí y por aquí” y, como por arte de magia, ves como van saliendo las lascas perfectas. De una me dijo “mira esta piedra, son catorce nichos” y, en efecto, salieron catorce.

Luego estuve hablando con los que propiamente esculpen las lápidas. Hoy en día se llevan las formas sencillas, rectangulares con los cantos romos, y alguno de ellos recordaba con nostalgia la época en que esculpir volutas era una habilidad muy apreciada en el gremio. Las tipografías también han ido cambiando con los tiempos y algún atrevido pide cursivas o la imitación de su letra manuscrita en el epitafio. Los artesanos agradecen estos retos.

HAROLD: Los hospitales son de entrada libre. Nadie pregunta, y se puede pasear por los pasillos y esperar en las salas de espera. Ver la televisión en esas salas vale la pena, en cierto modo.

DOUGLAS COUPLAND: Las salas de espera de urgencias son una extensión de las discotecas. Has bebido demasiado y tus amigos te acercan: no pasa nada.

HAROLD: En los tanatorios hay un pasillo delante de las capillas y allí hay verdaderas aglomeraciones de gente. Imagino que todos se sienten estúpidos por estar haciendo lo mismo.

DOUGLAS COUPLAND: En los tanatorios, los sábados por la mañana temprano, hay adolescentes que vienen directamente de la fiesta, con el peinado y la ropa de salir, muy guapas y se ríen de todo.

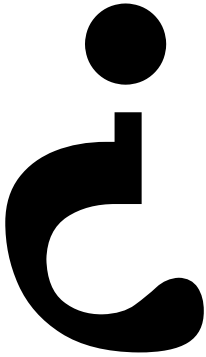
HAROLD: He leído libros que llegan a la misma conclusión a partir de premisas diferentes, a través de demostraciones incompatibles.

DOUGLAS COUPLAND: Eso no es un argumento a favor de aquello en lo que están de acuerdo. Es un argumento en contra.



# Hi

ola, soy Manolo, el autor de este fanzine. Quería aprovechar para decir que “La Última” (la canción del disco “Gran Fuerza”) se supone que es una parodia. Me parece que esto no ha quedado suficientemente claro.



De verdad creéis que desde que he tenido  
no se qué intuición ya nada me sucede suficientes veces?  
Jo. ¿Y que cada vez que no sé cuánto me pregunto si es  
la última vez que “no sé cuánto”? Hombre...

Espero que “Harold” se entienda mejor.

## *Esmeraldo, núm. 0:*

Redacción: [manolo@austrohungaro.com](mailto:manolo@austrohungaro.com).

Ilustraciones: [ballesteros@austrohungaro.com](mailto:ballesteros@austrohungaro.com).

Maquetación: [genis@austrohungaro.com](mailto:genis@austrohungaro.com).

Un producto de Austrohúngaro.

<http://www.austrohungaro.com/esmeraldo>